

La Risa

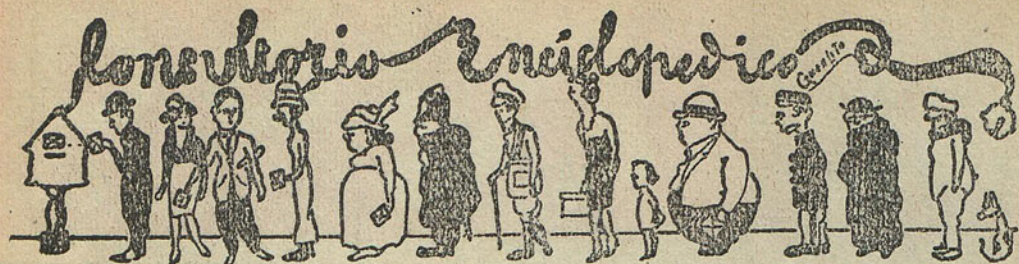
30 Cènts



J. Bores

—Verdaderamente, capitán, que los viajes por mar instruyen. Yo, hasta los veinte años, que empecé mis excursiones marítimas, era un asno perfecto...

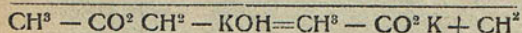
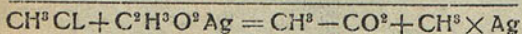
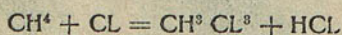
—Caramba, señor marqués: ¡Y lo bien que usted se conserva!!



En nuestro ferviente anhelo de ser gratos al amado lector, y cediendo a una necesidad que *se oja sentir*, hemos decidido abrir esta Sección, en la que se encontrará innumerable caudal de conocimientos utilísimos en la vida práctica. Desde el formalismo protocolario en las peticiones de mano, visitas de pésame, despedidas de duelos, hasta el modo más rápido y seguro para cazar grillos a corneta, el lector ha de encontrar en nuestro CONSULTORIO consejos, fórmulas, recetas, procedimientos, para cuya adquisición hemos montado un completísimo servicio de investigación que esperamos ha de dejar complacidos a nuestros numerosos consultantes.

Un erudito. Madrid.—Sí, señor; Alcione, correspondiendo a la Geografía antigua, fué una ciudad de la Tesalia, célebre porque en ella se producían unas admirables alcachofas y porque en ella perdió un ojo el gran Filipo II de Macedonia. Como comprenderá, esta ciudad le costó al bueno de Filipo un ojo de la cara...

Mayestyc. Villanueva de la Serena.—Conformes. Podemos poner al corriente a usted del procedimiento más usual para la preparación de alcoholes primarios por la acción sobre el aldehído del hidrógeno naciente, o del hidrato de calcio, o bien se forme el cloruro o el bromuro de hidrocarburo, y luego el hidrocarburo potásico. Véase la fórmula:



Queda complacido nuestro distinguido consultante.

M. G. L. Sevilla.—Las más elementales reglas de buena educación ordenan que cuando se va a solicitar la blanca mano de una señorita, se vista el pretendiente de rigurosa etiqueta.

Como usted comprenderá, llegar a la presencia del padre de su novia comiendo *torraos*

es de un definitivo mal gusto. Si le invitan a comer, no debe usted mojar pan en la salsa y mucho menos salpicar a su vecino de mesa. Se limpiará usted la boca antes de beber, y se cuidará de no hablar mientras bebe. Esto es de una grosería imponente. ¡Ah! y si como dice, gasta usted calzoncillos de tela anudados a los tobillos, procure que no le asomen las cintas por la boca de los pantalones. Como podrá observar, contestamos a todas sus consultas.

Pantagrúel. Jerez.—¡Indecente! Nosotros no contestamos a ese género de preguntas.

Efebo. Matarporquera.—Conocemos varios secretos para conseguir atraerse la simpatía de las mujeres. Uno de ellos, quizá el de más seguros resultados, es el de llevar pendiente del cuello una bolsita de tafetán, en la que se habrán encerrado el corazón de una paloma torcaz, los hígados de un ajusticiado, los ojos de un ratón muerto a mano airada el primer viernes del mes de febrero, los dientes caninos de un perro hidrófobo.

Todo bien machacado.

Con este maravilloso amuleto conseguirá su deseo de ver rendidas a sus plantas las más alivas bellezas mataporcenses.

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.



—De ver y adquirir novedades...
—¡Ya! Tú siempre tan elegante.
—No, no se trata del cuerpo; son libros exquisitamente editados por Yagües. También hay que elegantizar el espíritu.

— LIBRERÍA YAGÜES —

Caballero de Gracia, 28. — Madrid.

SERVICIO ESPECIAL DE REVISTAS DE MODAS

—¡Pero no te quites el sombrero!...
—Es para que le veáis la marca. Como me lo he comprado en la Sombrerería PONCE...

PLAZA DE MATUTE, 12. — MADRID

A PLAZOS

y con precios de contado, ofrecemos al público, EN TODA ESPAÑA, nuestros aparatos y discos

ODEÓN, FONOTIPIA Y FADAS

Éxito inmenso
de este mes:

Arco Iris



Con gusto le enviaremos gratis nuestros nuevos catálogos de aparatos y discos y las condiciones de las —

VENTAS A PLAZOS
si usted lo solicita
de —

FADAS. = Peligros, 14 y 16. = MADRID



—¿De modo que me vende esa cotorra por 150 pesetas?

—Sí, señora.

—Es cara. ¡Si me quitan el pico!...

—¿Y para qué quiere usted una cotorra sin pico?



—¿Por qué canta usted a estas horas?

—Porque me sale de dentro...



—Cuando yo
para verme comsea mayor, voy a estudiar mucho
LA NIÑA.—Pues mi papá: en Hacienda.
mío: en Estado. y yo también, para verme como el



—Abuelito, dame una peseta para bombones.

—Mira, niño: eres muy pedigüño, ¿sabes?, y los niños pedigüños que abusan de la prodigalidad de sus mayores revelan un espíritu absorbente, egoísta...

—Bueno. Pues dame una peseta para bombones...

La Risa

: REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :

DOCTOR FOURQUET, 4.-MADRID

APARTADO 7.002.-TEL. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Las niñas de doña Tecla

Por A. GONZÁLEZ-ÁLVAREZ (GONZALITO)

Cuando Rogaciano llegó a Madrid, lo primero que hizo fué visitar las «catacumbas» del «Metro». Después iría a visitar a doña Tecla López y López, viuda de López y López, pues estas dos importantes misiones fueron las que le decidieron a encajonarse en un vagón del ferrocarril, facturado a gran velocidad con destino a la Villa y Corte. La verdad era que, morirse sin haber viajado por la línea del «Metro», y morirse sin haber visitado a doña Tecla López y López, viuda de López y López, no le parecía ni medianamente pasable.

Así es, que una vez que hubo satisfecho su primera curiosidad, pasó a cumplir el segundo deber.

Porque la tal señora, siendo viuda de López y López, probó funcionario público, y teniente de alcalde que fué de aquel distrito en donde vivió tantos años, hasta su muerte, naturalmente, y oriundo del mismo pueblo que Rogaciano, había otorgado grandes mercedes, y había tenido con la familia, casi sin conocerlos, inmerecidas atenciones, tales como regalarle al niño pequeño un sonajero eléctrico y una rosca de hueso, enviarles a los esposos un kilo de mazapán todos los años por Nochebuena, el haber colocado a un hermano de un sobrino de la nuera de un primo de Rogaciano en el Ayuntamiento, merced a las amistades de su difunto esposo...

Por eso aquella mañana, muy temprano aun, se presentó Rogaciano en casa de doña Tecla, dispuesto a hacerle patente su agradecimiento en nombre de toda la familia.

—¿La señora viuda de López y López?

—Aquí es; sí, señor.

—¿Está en casa?

—Creo que sí. ¿A quién anuncio?

—A Rogaciano el de Almendralejos.

Le hizo pasar a una salita coquetonamente amueblada, y a poco apareció doña Tecla en persona, risueñamente sorprendida.

—¡Caramba, Rogaciano! Ya tenía verdaderos deseos de verle por aquí. Casi no nos conocemos... Unicamente por las cartas y por los retratos que de ustedes me hacía mi difunto López...

Aquí lanzó la buena señora un suspiro en recuerdo del que hacía ya muchos años que se convertía en engrudo bajo la fría losa de un cementerio.

Era doña Tecla una señora que, vista a contraluz y a contra luz, tenía todo el aspecto de una bacalada en ayunas; pero que examinada más atentamente y con mejor luz, ya parecía algo distinto: parecía un kilo de fideos puestos en fila.



F. CUDERO

—¿Por qué vienes tan tarde de la escuela?

—¡¡¡Porque no he ido!!!

—Yo también tenía muchos deseos de volverla a ver—dijo, por decir algo, el bueno de Rogaciano.

—Pues los dos hemos logrado nuestro deseo. ¿Y su mujer? ¿Y los chicos?

Hablaron. De pronto, se levantó doña Tecla y dijo con acento enternecido:

—Le voy a presentar a mis niñas. Con permiso.

Y desapareció tras una cortina.

Rogaciano se quedó viendo visiones. En su vida había oído hablar de que doña Tecla tuviese hijos, y mucho menos pequeños. Según sus referencias, el tal López y López murió de un cólico de calamares sin haber dejado sucesión. ¿Se habría vuelto a casar? ¿Con aquella cara? ¿Con aquel aspecto de sardina ictérica?

A poco volvió doña Tecla desolada.

—Tendrá que dispensarlas—gimió con acento maternal—. No quieren salir. Son tan malas, y las tengo tan mal educadas... ¡Es que las quiero tanto!

Rogaciano no salía de su asombro. Pero ¿con aquella cara?

—Pero, mire—prosiguió doña Tecla—. ¿Supongo que no se irá usted de Madrid sin hacernos otra visita y recoger algunos regalos que les quiero hacer a sus nenes?

—Muchas gracias...

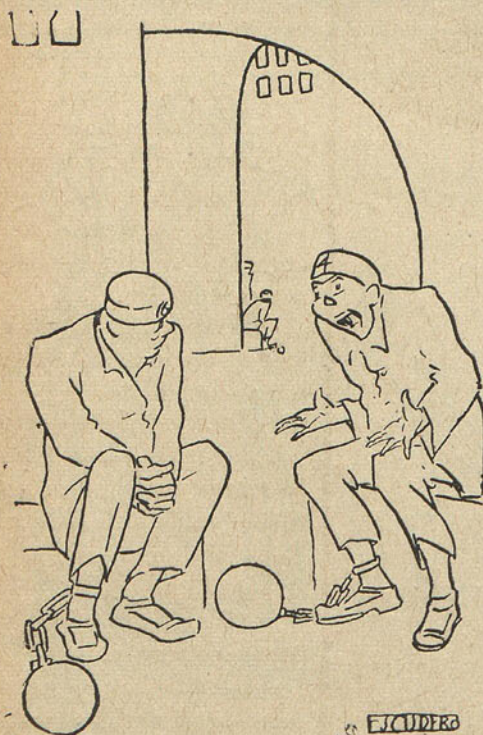
—Pues entonces, nada. Si mañana vuelve, tendré el gusto de presentárselas. ¡Son tan ricas!... Es que hoy se han levantado de muy mal humor. ¡Son muy malas, Rogaciano, muy malas! Pero las quiero tanto...

Rogaciano no durmió aquella noche con el pensamiento obsesionado por aquella inesperada maternidad de doña Tecla. ¿Sería posible?

Ardía en deseos por volver a su casa y cerciorarse de la existencia de aquellas criaturitas, que, de salir a su madre, parecerían dos perras gordas de hígado.

Ya en el portal, se dio una fuerte palmada en la frente. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Volvió sobre sus pasos, y penetró en el bazar más próximo.



—¡Esto es una injusticia! Yo estaba suscrito a La Libertad y me la han quitao!...

¿No tenía dos niñas doña Tecla, pese a todas sus vacilaciones de la noche pasada? Pues qué más natural que llevarles algunos juguetes que reflejasen pálidamente el agradecimiento que sentía hacia su mamá.

Cuantos juguetes vió le parecieron pocos y mezquinos. Tras largas vacilaciones, se decidió por un costurero, dos muñecas, un piano, un cochecillo, un acordeón y dos balones de goma.

Satisfecho de su idea, llamó a la puerta de la buena señora.

Le abrió la criada de marras, y, como la vez anterior, le hizo pasar a la salita coquetona, esta vez sin preguntarle quién era.

Tras una pausa expectante, y cuando ya le dolía a Rogaciano el corazón, por la violencia de sus latidos, apareció doña Tecla, que, al verle, lanzó un grito de admiración:

—Pero ¿qué trae usted ahí?

—Juguetes... son para sus niñas... un pequeño recuerdo—tartamudeó Rogaciano, ruborizándose hasta la raíz de los cabellos.

—¿Y qué van a hacer mis niñas con todo eso?—gritó iracunda doña Tecla, y con acento de furor llamó: —¡¡Anacleto!! ¡Saqué usted a las niñas!

En el acto apareció la doméstica llevando en los brazos dos preciosas cotorras de pintado plumaje y corvo pico, como el de todas las cotorras...

Rogaciano se quedó sentado encima del costurero y aplastó los dos balones. Tanta fué su sorpresa.

El lunar delator

—¡Adiós, D. Hermógenes!...

—¡Caramba, D. Pompolio!... ¿Qué tal?

—Muy bien. ¿Y usted?

—Bueno, como la mortadela.

—Sí; ya veo que está usted superior. En casa todos bien, ¿verdad?

—Perfectísimamente. Supongo que en la suya igual, ¿no?

—Sí; afortunadamente, al pelo.

—Vaya, vaya....

—¿Dice algo del *Wayá Wais*?...

—No. Mi vaya, vaya, ha sido dicho para cortar el diálogo prosaico...

—¡Yal!

Una pausa muy natural y no muy larga.

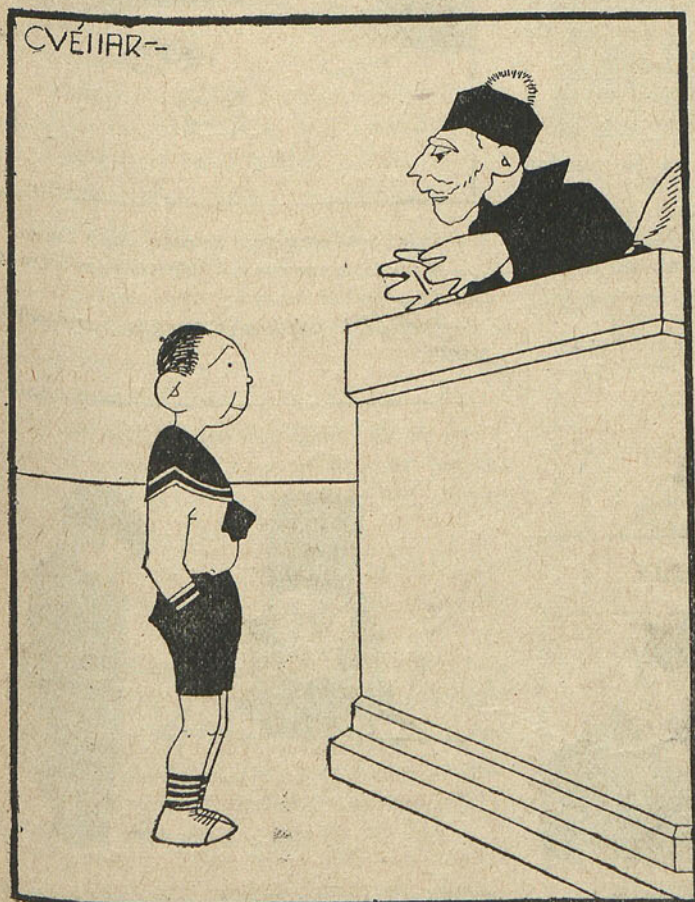
—¿Sabe usted lo que ocurre allá enfrente?

¡Cuánto público; qué barbaridad!

—Creo que esa amalgama de personas se debe a la inauguración de la exposición de acuarelas de Marcelino Lozoya. ¿Le parece a usted bien que nos acerquemos a empaparnos un rato en Lozoya?

—Buena idea. Bien está que perdamos el tiempo, pero no que pasemos frío. Vamos.

Los dos amigos penetran *amistosamente* en la exposición de Lozoya. Se halla ésta rebosante de público distinguidísimo y deslumbrante de luz.



D. Hermógenes y D. Pompolio pasean por la sala con pasos de *fox-trote*, a causa de la aglomeración, contemplando, todo lo detenidamente que les es posible, las *pintureras* joyas allí expuestas, y codeándose intencionadamente con las abundantes y preciosas admiradoras del genial acuarelista Marcelino Lozoya.

—D. Hermógenes: no me negará usted que este amanecer es lindísimo.

—Lo es, lo es. ¡Bello prólogo de día invernal! Produce frío al contemplarlo.

—Pues arrótese, querido, y dígame qué le parece aquella señora que hace calceta a la sombra de unas parras. Es una nota de color verdaderamente estupenda.

—Sí. Es una nota muy buena: sobresaliente.

—¡Hombre! Allí veo un desnudo. Acerquémonos, que debe ser algo interesante.

—Parece que está hinchado, ¿no?

—¿De modo que no sabe usted decirme lo que hizo Carlos III?

—No, señor. Nunca me ha gustado meterme en vidas ajenas...

—Parece. Por eso he dicho lo de interesante.

Los dos amigos se acercan al lienzo. En él hay una mujer gorda y dulce, que parece una naranja, y que apenas se cubre con tres pesetas de gasa que parece verde, pero que, sinceramente, es azul... La susodicha dama, que tiene en una de sus caderas un lunar del tamaño de una perra gorda, es bastante bella. Puede decirse que es una *bèlla donna*...

D. Hermógenes, acercándose al cuadro, exclama:

—¡Cuerno! Esta señora muestra un lunar en el mismo sitio que mi mujer.

También se acerca D. Pompilio, y dice:

—¡Ciertó! Y advierta usted que además de ser en el mismo lugar, son idénticos de tamaño y color... ¡Qué casualidad!

El epílogo, amable lector, ya lo puedes sospechar.

No debemos acudir donde haya *exposiciones*... Porque es horrible verse en la precisión de romper la cabeza de un amigo...

NICOLÁS DE SALAS.

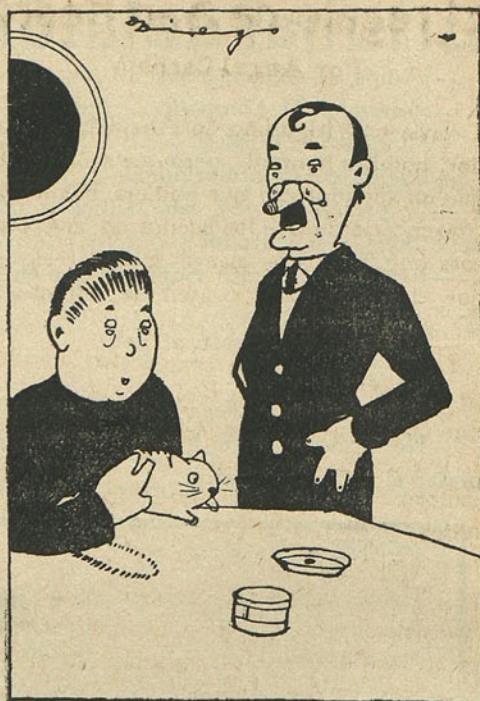
Madrid, 12-I-923.



SUEGRA MODELO



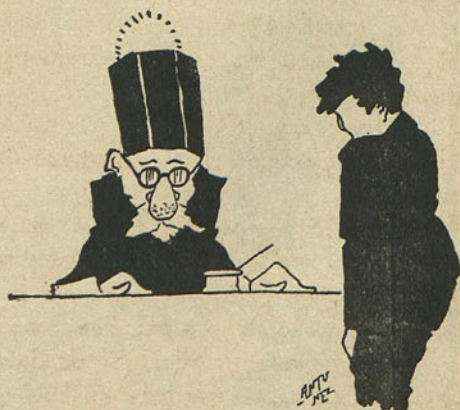
—¡Pobrecita suegra! Era un ángel. Nunca me dió un disgusto. Ni ahora con su muerte me ha disgustado...



—Usted sale muy poco de casa, doña Tula.

—Sí; pero es que con mi gatito lo paso admirablemente.

—Pues debía usted salir, aunque fuera por los tejados.



—Entonces, según usted, ¿cuál será la verdadera filosofía del trabajo?

—Ver trabajar a los demás.]

El regalo de San Pedro

Por Angel Carbajo

Vivía en Vitigudino de Abajo un labrador, hombre honrado, pero que soñaba más que un servidor, sin que hubiera medio de convencerle de que los sueños no son otra cosa que ficciones—más o menos reales—que el ser humano contempla durante el reposo de la materia.

Una noche bella, en que nuestro labrador se durmió después de suplicar a Santa Rita que mejorara su suerte, vió en sueños que se le aparecía San Pedro, con su flamante uniforme y gorra galoneada, rodeado de todos los pajes, alabarderos, etc., de la celestial corte.

—¡Salud, honrado Timoteo! Vengo por mandato de Santa Rita, que, compadecida de tu suerte, te envía treinta mil duros.

—Señor, ¿cómo agradecer tanta bondad?...

—Siendo bueno. Dime cómo lo quieres, ¿en oro o en papel?

—En oro, excelentísimo señor portero.

—Pues espera, que voy a cambiar a la tienda de la esquina.

Desapareció San Pedro a los acordes de la banda del Hospicio, seguido de su escolta, y el buen Timoteo esperaba su regreso lleno de impaciencia, cuando le despertó su amada esposa, diciéndole:

—¡Arriba, que es la hora de ir a trabajar!

La desesperación de Timoteo fué ilimitada.

—Yo—decía—no me muevo de aquí mientras no vuelva con el dinero cambiado.

Y como San Pedro no llegaba, el desesperado Timoteo no hacía mas que exclamar:

—¡Desgraciado! ¡Imbécil! ¡Si tomáralo en papel, no me habría quedado sin ello!



—¡Caramba, don Apolinario! Con el frío que hace y descubiertlo.

—¡Ah, señora! Es el mejor medio para conservar el cabello.

FALTA DE PRECAUCIÓN



—¡Caramba! ¡Por poco meto la pata! No me acordaba que está prohibido arrojar objetos a la vía.



Secretos para hacerse amar

Por el mago NICOLAVIUS

PROLEGÓMENO

El Amor... ¡Ah!, el Amor... ¿Quién es el mortal que nunca ha sentido en su pecho arder ese divino fuego que se llama Amor? ¿Quién no ha anhelado alguna vez en su vida amar, amar fieramente, antropofágicamente, bien a su patrona de la casa de huéspedes, bien a una criada treintarrealera, bien a una pudibunda doncella?

Y sin embargo... ¡Ah!, sin embargo... ¡Cuántos celos, cuántas inquietudes, cuántos sudores, cuántas noches de insomnio, cuántos corazones atormentados por no poder ver logrado el sueño ideal que acarició desde los benditos tiempos de la lactancia!...

«Vivir sin amar, es despreciar la vida». ¡Ele! Así dijo el gran amigo Heine, y así decimos nosotros...

Pero ¿y los amantes desdeñados? ¿Y los adoradores no correspondidos? ¿Y la tortura de esos pobres corazones sollozantes, que se ven ignominiosamente despreciados por el objeto de sus ansias?

Para ellos pergeño estas líneas. Ellos encontrarán en este somero tratado, en donde mi ciencia se halla quintaesenciada, fórmulas y procedimientos para hacerse amar en el plazo más breve. Y si no, lector, haz la prueba: si tienes una amargura que destroza tu vida, si amas y no eres amado, practica escrupulosamente lo que más abajo te aconsejo, y si no consigues el amor de la que amas, te indignas conmigo, me ultrajas, me citas, que yo ya tendré buen cuidado de que no me veas el pelo... ¡Por éstas!

ENTREMOS EN MATERIA

Secreto para las mujeres

Para hacerse amar de un joven soltero

Procura, linda lectora, obtener un objeto de tu galán, que te conste haya llevado durante tres meses encima sin quitárselo mas que para dormir, como, por ejemplo: una camisa, un par de calcetines, unas botas de elásticos... Cuando lo tengas en tu poder, harás lo siguiente: por la noche, al acostarte, colócate ese objeto en el sobaco izquierdo, y dices por tres veces sin respirar: «Amapoyfac. ¡Cúmplanse mis deseos!...»

Esto lo ejecutarás durante nueve noches seguidas. Luego tomarás el objeto con el que has dormido, y lo quemarás el día de Viernes Santo, a las cinco de la mañana, y mientras el humo ascienda en negras espirales hasta el firmamento, murmurarás infatigablemente: «Kto, enoy, sonnoyor, kto, moy, viajnoy, yot, pokajetsia, ninie...»

(Estas palabras son algo difíciles de pronunciar, pues pertenecen a la Goetia slava; pero si te ejercitas durante cinco meses en su pronunciación, acabarás diciéndolas de carrerilla.)

Después que hayas carbonizado completamente el objeto substraído a tu galán, guardarás las cenizas en un puchero completamente nuevo, durante quince días, procurando

que en su interior no penetre el más liviano rayo de luz, para lo cual lo taparás con un pergamino virgen, en el que habrás escrito con sangre de tus venas las siguientes mágicas palabras: «Pell-Alma-Agif-Bazy-Sar-Qol-Seu-Obg».

Pasados los quince días, recogerás las cenizas, y en cuanto tengas ocasión, procura hacer que se pongan en contacto con la piel del hombre que amas. Si en el plazo de veinticuatro horas no ha caído sollozante a tus pies pidiéndote una sola frase de cariño, es que decididamente no le gustas, en cuyo caso debes repetir la experiencia con otro, o meterte en un convento.

Secreto para los hombres

Para conseguir el amor de una señora casada

Cogeréis, simpáticos lectores, el tuétano de un lobo rabioso (si se deja sacar el tal animalito el tuétano), y junto con el corazón de una golondrina y tres colmillos de ahorcado, lo carbonizaréis sobre una plancha de acero al rojo.

Las cenizas las mezclaréis con tintura de iodo, ámbar gris y serrín de ciprés, formando con todo ello una pomada, que es preciso que huela de vez en cuando la mujer escogida por vosotros.

Aquí corréis el peligro de que el marido se huela también la «tostada» que le preparáis, para lo cual no estará demás que vayáis con mucho ojo y una cota de malla debajo de la camiseta, pues hay puñaladas a traición bastante desagradables.

Claro está que debéis valeros de una ingeniosa treta para que la amada huela la pomada que preparasteis. Una de ellas, de seguros resultados, es cogerla desprevenida, atarla a la pata de una cama y restregarla el ungüento por las narices.

En cuanto haya olido varias veces la mágica untura caerá a vuestros pies sollozando y jurándoos que por vosotros hasta pierde las ligas...

Secreto para los militares sin graduación

Para conseguir el amor de una cocinera

Procuraréis cepillaros bien el uniforme, limpiaros las botas, afeitaros escrupulosamente. Luego saldréis a la calle, marchando con marcialidad y garbo, la mano izquierda en el machete, la derecha entre los botones tercero y cuarto de la guerrera.

Procuraréis adquirir un cabello de la mujer que deseáis, el que enhebraréis en una aguja del catorce y con el que os coseréis en el reverso de la camisa un corazón de paño rojo.

Volved al cuartel y poned sobre una mesa manteca rancia de puerco, que habréis robado antes al cabo de cocina, y a cada lado otros dos cabos más, pero éstos de vela, encendidos. Meteréis luego el dedo en la manteca, y mientras os untáis la frente, debéis murmurar con suma unción estas palabras:

Strutto, strutto.

Squajate tutto.

Scuajaringate meis

E se squaje es core suo

Com squaje en sangre tuo

Requiestcant impace

Amen.

Si durante este tiempo no os ha sorprendido el cabo de cuartel y os ha arrimado dos sopapos, y sois tan arrogante que habéis conseguido cautivar a la cocinera amada, antes de tres días os regalará los cigarrillos que le robe al señorito...

EL BASTÓN

¿Quién osará discutir la utilidad práctica de un bastón?

Vosotros, agentes de la ronda secreta, papás que habéis tomado entre ojo al pollo que galantea a vuestras niñas, comerciantes que husmeáis noche y día el rastro del sinvergüenza que se os escapó debiéndoos tres pares de calzoncillos y unos mitones de lana... Vosotros, todos los que en la vida no habéis tenido más remedio, por diversos motivos, que echar mano de una estaca, decidme: ¿es de positiva utilidad el bastón?

Pues si tantos y tan buenos servicios pudo prestaros, componiéndose únicamente de un palasan, más o menos auténtico, y un regatón de acero, ¿cuál no será su utilidad si logra satisfacer determinadas necesidades en un determinado número de personas?

Cuántas veces habréis exclamado: «¡Caramba! Llevo un her-

BASTÓN PIPA



moso bastón, pero si tuviese un clarinete...» «¡Córcholis! Llevo un robusto garrote, pero si llevase una pipa...» «¡Caspitinal! Llevo una estaca formidable, pero si tuviese un fuelle...»

Y estoy seguro de que estas lamentaciones os han amargado un momento de vuestra existencia.

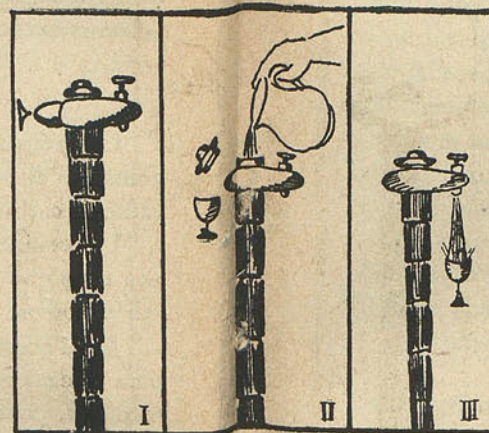
Estos pensamientos, que habrán cruzado algún día por vuestra mente y que parecen arrancados de una lección del «Método Ollendorff», no son mas que leves consideraciones encaminadas a demostraros la utilidad de los adjuntos modelos de bastones, que están llamando poderosamente la atención, lo mismo en París que en Londres que en Palafrugell. Examinemos detenidamente el primero de estos modelos:

El «BASTÓN BODEGA, algo de una originalidad que aton-

8

9

BASTÓN BODEGA



ta. Para campo y para viaje. ¿Cuántas veces habríais tenido gusto en llevar con vosotros algunas «pintas» de rico Valdepeñas, y habréis desistido de vuestro propósito por no cargar con un garrafón o con un convoy de cien cántaras!...

Usando el admirable BASTÓN-BODEGA, no tendréis mas que destornillar la parte superior del puño, para observar que, además de un bastón soberbio, tenéis un recipiente en el que bien caben diez o doce litros de «morapio».

También sujeta a tornillo, y al lado opuesto, lleva una pequeña copa de madera, que puede prestar un buen servicio, evitando el tener que «amorrarse» a la espita del lado derecho, cuando, imprimiendo una ligera presión sobre el puño, salga el líquido con fuerza.

BASTÓN FUELLE



Y lo mismo que podéis llevar vino, podéis llevar aguardiente, horchata de chufas o aceite de ricino...

Lo que no debéis llevar es agua, pues supongo que estaréis de acuerdo conmigo en convenir que un bastón no es «para-aguas»...

Ahora sí; lo que bien podéis llevar es algo sólido, siempre que tenga una forma alargada, y cuyo grueso no exceda del diámetro del bastón. Por ejemplo: sardinas arenques, longaniza, dos docenas de chorizos...

Claro que en este caso ya cambia el nombre, y en lugar de ser BASTÓN-BODEGA, sois poseedores de un BASTÓN-BODEGÓN...

El BASTÓN-CLARINETE también puede prestaros un buen

BASTÓN CLARINETE



servicio si sabéis tocar este instrumento, en una reunión familiar, santo o cumpleaños, después que la niña de la casa haya recitado un monólogo trágico y el papá haya hecho juegos de manos con un pepino, un quinqué y una regadera.

Y, finalmente, el «gran succès» de la presente temporada: el BASTÓN-FUELLE, de una utilidad pasmosa para los castañeros, el tío de los «cacagués torraés» y el de las «chuletas de huerta»...

Y para todos vosotros que me leéis, si por desgracia os encontraseis atravesando el desierto de Sahara en el mes de agosto y embutidos en un magnífico abrigo de pieles...

GONZALITO.



(NOTAS DE UN «SOGUILLA» DE LA CORTE)

Audiencias.

Nuestro augusto huésped, el emperador Marcolfo Andóval de Kamelaguatía, recibió anteayer en audiencia, en su palacio de la calle de Magallanes, a una nutrida Comisión de obreros limpiavías, que le entregó el título de presidente honorario de la Sociedad Burgalesa de Carros de Transporte.

El documento, que es una preciosa obra de arte, va escrito a zurdas en una piel de zorra tuberculosa sin curtir, en una letra inglesa estilo Renacimiento. Este primor caligráfico, obra de un sargento de Carabineros jubilado, que ha sido premiado en varias exposiciones de Nueva Guinea, va encerrado en un lujoso estuche de barro santo, forrado de mimbre y enguateado de esparto verde con las iniciales bordadas en alambre.

El emperador agradeció muchísimo la deferencia y prometió a los comisionados interesarse lo que estuviere de su parte, a fin de que se instale cuanto antes el alumbrado eléctrico en el colector del Manzanares.

Los visitantes salieron admirados en grado máximo de la cariñosa acogida que les dispensó el emperador y de lo bien que le sienta el comer bellotas de desayuno durante los meses del invierno.

También fueron recibidos en audiencia, por el monarca Kamelaguntino, los marqueses de Pedal de la Moto, que le agradecie-

ron mucho el alto honor de sacar de pila con un cogedor a su primogénito Sinforiano.

El duque de Casa-Baldosín también acudió a despedirse para Nueva Zelandia, donde va de representante de una fábrica de plantillas de corcho. Dió las gracias al emperador por haberle concedido la Gran Cruz de Puerta Cerrada, con distintivo verde, y pasó después a ofrecer sus respetos a la emperatriz Rudesinda, que en sus habitaciones particulares entreteníase cociendo membrillos en la bocina de un gramófono.

Una vez finalizadas las audiencias, salió el emperador en un carro de mano para la Delegación de Hacienda, en la que presidió una becerrada benéfica organizada por el Montepío de Verduleros Ambulantes.

Futura eminencia.

A la temprana edad de sesenta y cinco años ha terminado, por cansancio, la carrera de Leyes el muy ilustre primogénito de los marqueses de Berrocal, D. Alejandro Cabeza Cuadrada y Mulo de Tordesillas, después de unos cuantos lustros de inauditos esfuerzos, y habiendo coincidido su debut en el Foro con la aparición de las penúltimas canas.

Los de esta casa damos muchas y muy sinceras enhorabuenas al precoz letrado y a sus muy felicísimos padres los ilustres aristócratas, que en estas horas de dicha ven ya hecho un hombrecito a su hijo y en disposición de ganarse él solito un pedazo de pan y una lata de sardinas.

Al mismo tiempo acompañamos en su pena al verdugo de la Audiencia de Madrid, el cual presiente que tan pronto como entre de lleno en funciones de defensor el ilustre D. Alejandro tendrá que velar por aumento de *tarea* en el ejercicio de su justiciero y piadoso cargo.

¡Todo sea por Dios!

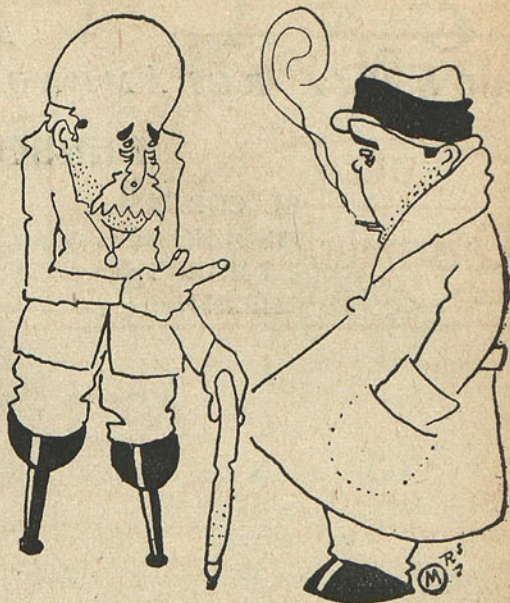
BLAS-KITO.



— Señora: le suplico aumente hoy la limosna, pues quiero pasteles.

— ¿Pasteles?

— Sí; es que es mi santo.



— Yo siempre he sostenido que los pediluvios son nocivos a la salud. ¡Aquí donde usted me ve, hace veinte años que no me lavo los pies...



— ¡Muy bien, muchacho! Has sido un héroe en la toma de Tizza-Assa.

— Esto no es nada, mi general; soy de Madrid y estoy acostumbrado a la toma de los tranvías...



— En fin, señorita; desearía verla con frecuencia por un motivo como éste, porque el luto le sienta muy bien...

UNA VICTIMA

DRAMA RELÁMPAGO EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

EL CORONEL.

PINOCHO (su asistente).

LA MARQUESA DE VALDEOMBLÍGUEZ.

CHILÍN (perro que no habla).

ACTO PRIMERO

Alcoba de una casa de huéspedes.—EL CORONEL, en la cama, ronca.

EL CORONEL

(Despertando; abre primero un ojo, luego el otro. Después bosteza; saca los brazos de debajo del embozo, y los vuelve a esconder medio congelados.) ¡Berr! ¡Qué frío!... ¡Pinocho!

PINOCHO

¡Mi coronel!...

CORONEL

Hace frío, ¿verdad?

PINOCHO

Está helando, mi coronel.

CORONEL

¡Cualquiera se levanta! Y lo malo es que ahora recuerdo que estoy invitado a comer en casa de los marqueses de Valdeomblíguez... ¡Qué fastidio!... Con este frío... Nada, decidido, que no voy. ¡Pinocho!

PINOCHO

Mi coronel...

CORONEL

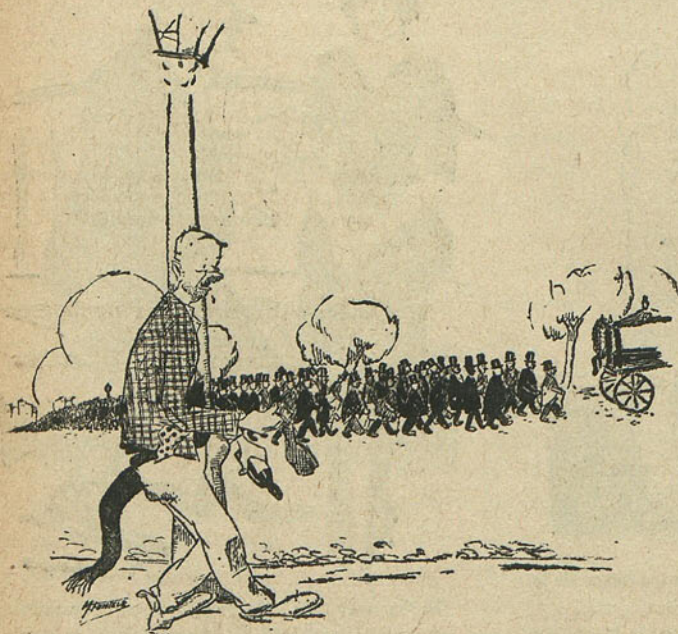
Mira: vas a ir a casa de los marqueses de Valdeomblíguez, ¿sabes?

PINOCHO

Sí, mi coronel.

CORONEL

Pides ver a la señora marquesa, y le dices en mi nombre que me encuentro enfermo, muy enfermo, y que no puedo asistir a su convite. ¿Has entendido?



— ¡Y luego dirá la Eustasia que yo llevo muchas copas!...

PINOCHO

Perfectamente, mi coronel.

CORONEL

Pues anda... ¡Ah! Y cuando vuelvas me traes la comida. Comeré aquí mismo en la cama. Yo no me levanto con el frío que hace... ¡Berrrr!

PINOCHO

Perfectamente, mi coronel.
(*Hace mutis por la izquierda.*)

ACTO SEGUNDO

En casa de la marquesa de Valdeomblíguez. Una estancia lujosamente amueblada. La marquesa lee junto al fuego que arde en una preciosa chimenea de mármol. Entra Pinocho.

MARQUESA

¿Qué hay, amigo mío?

PINOCHO

Que de parte de mi coronel, que se encuentra muy enfermo y que no puede venir a comer como había prometido.

MARQUESA

¡Bah! No será tanto. El coronel siempre ha sido muy aprensivo... En fin... dígame que lo sentimos mucho, y que celebraremos su rápida mejoría.

PINOCHO

¡Mil gracias, señora marquesa. (*Pausa. Pinocho, con la gorra entre las manos, permanece como clavado en el suelo.*)

MARQUESA

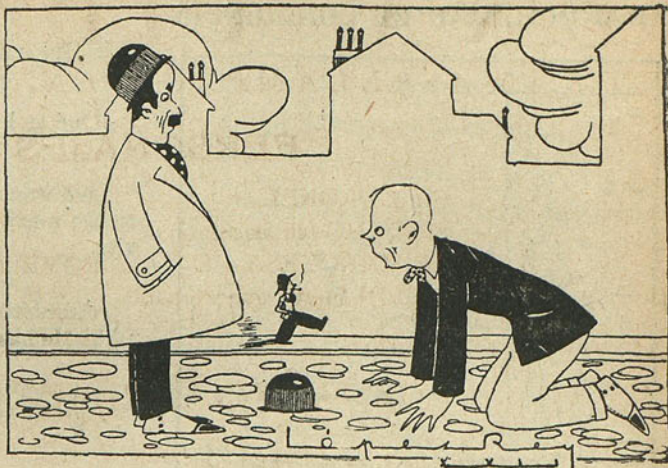
¿Qué? ¿Tiene usted algo más que decirme?

PINOCHO

Sí, señora marquesa. Mi coronel me ha dicho que le llevase la comida...

MARQUESA

(*Sorprendida.*) ¿La comi...? (*Sonriendo forzosamente.*) Bien, bien. Se la llevará usted... ¡No faltaba más! (*Aparte.*) ¡Qué grosería! (*Alto.*) Venga usted conmigo. (*Le lleva al*



—¡Caramba, Pérez! ¡Cuántos años sin vernos! ¿Te has quedado calvo? ¿Se te ha caído el pelo?

—No, hombre. Se me ha caído una peseta...

comedor, y en una primorosa cestita manda a su mozo de comedor que ponga un pollo frío, media langosta, un beefsteak, una docena de pastelillos, pan, queso, una botella de Oporto y otra de Champaña.) Ya está todo. Dígame a su coronel que desearé que le haga muy buen provecho (y con la altivez de una reina ofendida hace mutis). (*Pinocho carga con la cesta y hace mutis rápido.*)

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. El coronel se ha vuelto a dormir. Entra Pinocho y coloca la cesta en el suelo. El coronel se despierta.

CORONEL

¿Eh? ¿Quién? ¡Ah! ¿Eres tú, Pinocho?

PINOCHO

Sí, mi coronel. Soy yo.

CORONEL

Qué, ¿has cumplido mi encargo?

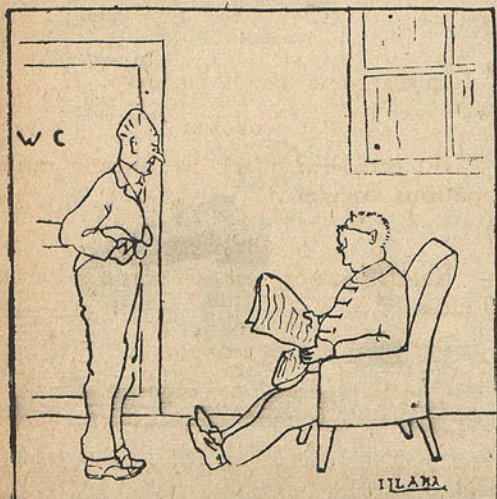
PINOCHO

Perfectamente, mi coronel.

CORONEL

¿Has visto a la marquesa?

TRANQUILIDAD DE CONCIENCIA



—¿Has leído este nuevo crimen? ¡No sé cómo los ladrones tienen la conciencia tranquila!

—¡Ya, ya! ¡Con lo tranquilo que se queda uno cuando obra bien!...

CONSEJO



—¿Qué tienes, hombre?

—Una muela que la tengo muy picada y...

—¿Muy picada? ¡Pues mando tocar a banderillas!...

PINOCHO

Sí, mi coronel.

CORONEL

¿Qué te ha dicho?

PINOCHO

Que celebraría su pronta mejoría y que siente mucho que no pueda asistir al convite.

CORONEL

¡Admirable! Eres un muchacho muy listo. ¡Ah! ¿Me has traído la comida?

PINOCHO

Aquí la tiene, mi coronel.

CORONEL

¡Admirable! Mira: he cambiado de idea, me voy a levantar, de manera que mientras me visto ves poniendo la mesa.

PINOCHO

Perfectamente, mi coronel. (El coronel salta de la cama y comienza a vestirse. Pinocho, mientras, extiende sobre la mesa un mantel, y va colocando las viandas que saca de la cesta. Un delicioso aroma se esparce por la estancia. El coronel, que está vuelto de espaldas colocándose un corsé faja para contener el abdomen, lanza una exclamación.)

CORONEL

¡Demonio! Qué olorcillo más agradable. Parece que hoy tenemos extraordinario... (Se vuelve y ve sobre la mesa el pollo y la media langosta.) ¡Caramba! ¡Qué barbaridad! ¡Esta señora se ha vuelto local! Pollo, langosta, beefsteak... ¡vaya un banquete! He hecho bien en no ir a comer fuera de casa... ¡Admirable!... ¡Pero qué cosa más extraña! Parece que la patrona se ha soltado el pelo! Claro, como estamos a fin de mes... (Se sienta y en menos de quince minutos, sin hablar palabra, engulle todas las viandas.) ¡Puf! ¡Estoy que reviento! ¡Vaya una comidita! Si hiciera todos los días lo mismo... Pero ¡ca! Mañana volverá a las eternas patatas y a los garbanzos fósiles... (Mientras habla saca un magnífico veguero.) A mí lo que me extraña es este banquete, sin venir a cuento... ¿No habrá sido una equivocación? Quizás fuese ésta la comida reservada a alguien de compromiso...

PINOCHO

No, mi coronel. Para todos había lo mismo.

CORONEL

¿Estás seguro?

PINOCHO

¡Ya lo creo! Pues menuda fuente de pollos tenían en la cocina...

CORONEL

¿Será su santo?

PINOCHO

No sé decirle mi coronel. Yo creí que usía lo sabría...

CORONEL

Yo, ¿por qué?

PINOCHO

¡Como estaba invitado a comer!

CORONEL

¿Yo? ¿En dónde?

PINOCHO

En casa de la señora marquesa de Valdeomblíguez.

CORONEL

Bueno; pero eso ¿qué tiene que ver?

PINOCHO

Que usía sabrá que le convidaban...

CORONEL

A ver, explícate: tú has ido a casa de la marquesa en mi nombre, ¿me has disculpado por no poder asistir al banquete?

PINOCHO

Sí, mi coronel.

CORONEL

Perfectamente. ¿Qué tiene

que ver la marquesa con la comida que me has servido?

PINOCHO

La marquesa, no. El cocinero.

CORONEL

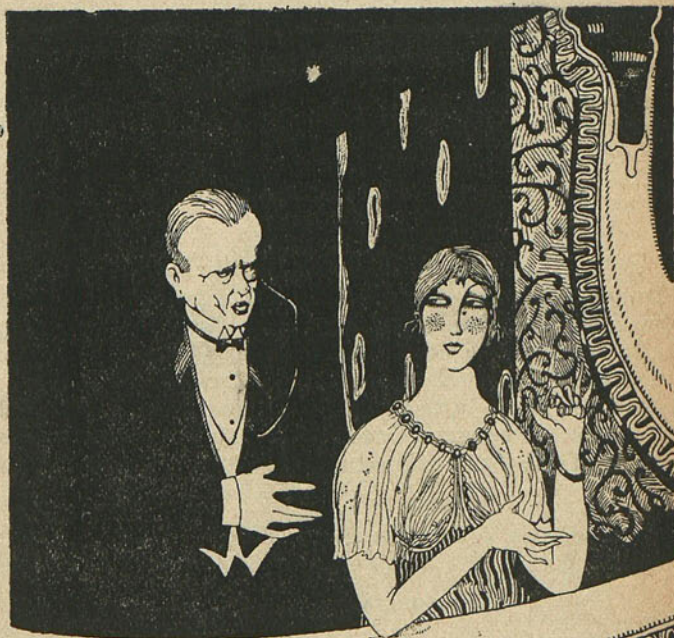
¿El cocinero? ¿Pero ha tomado nuestra patrona cocinero?

PINOCHO

Nuestra patrona, no, mi coronel. La marquesa.

CORONEL

Que me vuelvo loco, Pinocho. ¡Explícate de una vez! ¿De dónde has sacado mi comida?



HERMENA

—Oye, Alfredo. En este drama, ¿quién es el ladrón?
—El empresario.

PIACHO

Se la he pedido a la señora marquesa, conforme me ordenó usía...

CORONEL

(*Dando un salto de tigre.*) ¿Eh? ¿Qué dices? ¿De modo que le has pedido a la marquesa mi parte del convite? ¿Y yo te he ordenado eso? ¡¡Idiota, imbécil, mamarracho!!! Si lo que yo te mandado es que pidieses mi comida a la patrona. ¡Qué vergüenza! ¡Qué habrá dicho esa señora!! (*Pasea agitadísimo por la estancia. Pausa.*) En fin; esto ya no tiene remedio. Hay que buscar un modo de desagraciar a la marquesa... (*Acometido de una súbita idea.*) Toma. (*Le da diez pesetas.*) Ves al puesto de flores más inmediato y compra un gran ramo, el mayor que encuentres, y se lo llevas en mi nombre a la marquesa; luego tendré yo que ir a disculparme... ¡Animal! ¿Qué tardas? (*Pinocho, muerto de miedo, hace mutis por la derecha.*)

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo.

MARQUESA

(*Que ha recogido de manos de Pinocho un magnífico ramo de flores y se siente desagraciada por completo.*) Muchas gracias. Dígame a su coronel que no merecía la pena. ¡Qué flores tan lindas! (*Saca una moneda de cinco pesetas.*) Tenga usted, y muchas gracias. (*Pinocho permanece clavado en el suelo.*) ¿Qué? ¿Tiene algún otro encargo que darme?

PINOCHO

Perdone la señora marquesa. Es que es más.

MARQUESA

(*Sin comprender.*) ¿Más?

PINOCHO

Sí, señora marquesa. Me ha dado usted cinco pesetas.

MARQUESA

¿Y bien?

PINOCHO

Que me ha costado diez.

MARQUESA

(*Roja de vergüenza.*) Tenga, tenga usted,

y dígame a su coronel que muchísimas gracias. (*Hace mutis dando un bufido de cólera. Pinocho se guarda las diez pesetas y sale corriendo.*)

ACTO QUINTO

La misma decoración de los actos primero y tercero. El coronel, que se pasea agitado por la estancia, después de haber dado rienda suelta a su furor rompiendo todos los muebles que encontró a su paso.

CORONEL

¿Cómo habrás cumplido mi encargo, so bestia?

PINOCHO

Muy bien, mi coronel. La marquesa ha quedado muy contenta.

CORONEL

(*Algo ablandado.*) ¿Sí? ¿Era bonito el ramo?

PINOCHO

Muy bonito, mi coronel.

CORONEL

¿Qué te ha dicho?

PINOCHO

¿Quién, el ramo?

CORONEL

¡No, imbécil, la marquesa!

PINOCHO

¡Ah! Pues que muchísimas gracias. (*Cambiando de tono de voz.*) Ahora, que de usía para mí, yo creo que le ha parecido algo caro.

CORONEL

(*Sorprendido.*) ¿Algo caro?

PINOCHO

Sí; porque sólo me dió cinco pesetas... Ahora, que yo no soy tonto, fuí y le pedí las otras cinco. Aquí las traigo... (*Deja sobre la mesa los dos duros. Hay una pausa terrible. El coronel mira a Pinocho con los ojos inyectados en sangre. De repente, se levanta, va hacia la mesa, coge un cuchillo, y sin decir palabra le asesta doce cuchilladas seguidas. Pinocho rueda sin puntilla.*)

RIVERITA.

TELÓN

FIN DEL DRAMA

EL DIVIESO DE UN BANDIDO

CARICATURA CAMELÍSTICA SIN PRINCIPIO NI FIN, PARODIA DE LAS NOVELAS POR ENTREGAS, BASADA EN UNA NOVELA POLICÍACA PUBLICADA POR UN CONOCIDO EDITOR NORTEAMERICANO, ARREGLADA AL CASTELLANO POR «BLAS-KITO»

(CONTINUACIÓN)

salmos de David a fin de ahuyentar al espíritu maligno.

.....
Mientras se referían tales historias, el famoso ladrón Arthur Brown permanecía oculto en una alacena de la posada que titulábase «Bar Rilete».

Una noche de la verbena de San Ciriaco hallábase el facineroso conversando en latín con el señor Lucas Spront, el posadero, en una de las alcantarillas de la casa.

Entre ambos sujetos interponíase una mesilla de zapatero forrada de raso a listas verdes, y encima de ella encontrábase una cotorra embarazada de once meses y un hacha con puño de piedra pómez. El arma interesó vivamente al bandido, que, cogiéndola cuidadosamente con unas pinzas, empezó a lamerla por el lomo.

—¿De modo—dijo—que ésta es el arma que fué encontrada junto al cadáver de Amícar Barca en la noche que ajusticiaron al cura Galeote?

—Justamente—respondió el patrón, apurando una taza de caldo de aceitunas negras—. La he conservado con gran esmero en aceite de almendras dulces, y es la primera vez que la saco desde aquella noche memorable.

—¡Es bien curioso!—exclamó el Lobanillo—. Observo que la empuñadura no tiene clavijero mecánico y que el tornillo gira hacia amhos lados.

—Sí que es curioso, en efecto.

—¡Ah, re... truécanol! ¿Qué veo aquí? Parece que hay algo grabado en el acero... Sí... A ver... Escuchad lo que dice. ¿No lo habéis leído alguna vez?

—No; estoy todavía en la mitad del Fleu-

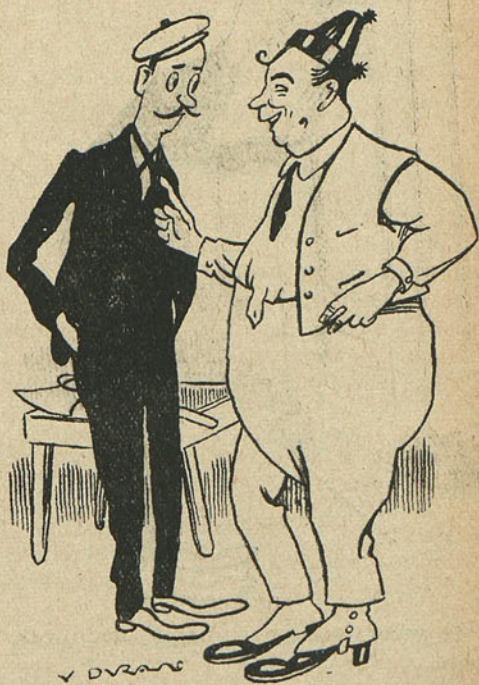
ry, y no conozco mucho la letra bastardilla.

—Pues, dice así: «No se despacha los domingos. Se prohíbe hacer aguas y jugar a la pelota.»

—¡Oh, cielos! ¿Qué misteriosa inscripción es ésta?—rugió el patrón, metiéndose en la nariz el dedo pulgar hasta el final, haciendo mover su gorra puesta.

—Ya lo averiguaremos antes de que entre la Cuaresma.

—¡Ojalá fuera así para bien de mi sino!, pues desde que tengo en mi casa esta arma



—¿Quién sabe?—replicó el bandido, sonriendo.

endiablada todo me salió mal, ¡voto a cien mil dragones narcotizados! A mi pobre mujer se le estranguló una hernia estando em-

peñando un colchón; mi hijo mayor, Nicanorcito, me lo deportaron a las Islas Cíes por morderle un tobillo a una mecanógrafa en paños menores, y a mí se me han achicado todos los calcetines desde el mes de septiembre. ¡Esto es horrible!

—Yo os ruego, mi fraternal amigo, defensor de los desamparados, por las cenizas de vuestra madrastra Petronila, que si alguna vez encontráis al miserable que trajo la ruina a mi casa, le pongáis, sin pérdida de tiempo, unas inyecciones de asfalto en el escroto.

—Todo llega en este mundo, humilde Lucas—contestó el *Lobanillo* emocionado—, y confiad en que cuando la ocasión se presente, daré cumplido gusto a vuestra perso-



—Observaré, para más seguridad, por el ojo de la llave...

na, que me atrae como la pólvora a los cocheros de punto.

—¡Gracias, Arthur!; lo creo. Y hablando de otra cosa, ¿qué me decís de ese maldito fantasma?

—¿Qué he de deciros, por mi vida? Que es de carne y hueso sin duda alguna.

—Así lo creo yo también. Pero ¿qué fin puede perseguir un hombre para andar errante y sin sombrilla por las cercanías del pueblo en las altas horas de la noche?

—¿Quién sabe?—replicó el bandido sonriendo—. Es posible que padezca el baile de San Vito y le convenga tomar baños de asiento o los paseos nocturnos a la intemperie...

—Bien; pero ¿qué busca, qué quiere?

—Que le metan en el Seminario o que le vacunen gratis... ¿Qué sé yo?... A lo mejor es un espía del detective Friedrich o de su agente Kramer, que trata de averiguar si estoy yo en Villa Pingórriez para darme caza y orificarme al paso todas las muelas carieadas... Pronto lo sabré, ¡aunque para ello me vea forzado a violar a mi mozo de cuadra, que es mudo y no sabe de cuentas!

—¡Arthur, por Dios! No cometas esa felonía indigna de tu honradez sin tacha—balbució, aterrado, el posadero, pegándose sentado en la silla a una pared maestra.

—Las circunstancias hacen al hombre tímido, Lucas. Pero y ese endiablado mensajero, ¿cuándo vendrá?

—No te acalores ni te impacientes, que te van a salir várices. Ha ido al entierro de un pobre vecino que murió ayer de fiebres puerperales y quizás llegue antes de doce horas. [Es hombre de quien respondo con mi cabeza y con la de mi mujer...

—¡Silencio! Me ha parecido oír el repique de unas castañuelas...

—No temas. Es mi hermano que hace la señal convenida y voy a franquearle la entrada. Observaré, para más seguridad, por el ojo de la llave...]

—¿Qué sientes?

—Mucho flato. Además veo tres hombres a caballo que se aproximan... Uno de ellos tiene los ojos pitarrosos, lleva las uñas de luto y viene en enaguas. Lo distingo perfectamente...

(Continuará.)

LA RISA

SEMANARIO HUMORÍSTICO

Doctor Fourquet, 4.-Teléfono 50-76 N.

— APARTADO 7.002 —

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Las suscripciones empezarán con el
:: primer número de cada mes. ::

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

Extranjero.

Unión postal.

Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de
precio, a los números extraordinarios que pueda
publicar LA RISA.



Correspondencia de LA RISA

E. R. F. de M. Dar Quebdani.—No está mal.
Veremos si le damos cabida. Por si acaso,
mándenos otra cosa; si puede ser en prosa
mejor.

Díaz. Avila.—E. G. Madrid.—No sirven.

A. G. Madrid.—Lo sentimos, pero no nos sirven
sus originales.

L. V. Madrid.—Nosotros no establecemos co-
rrespondencia con los colaboradores espon-
táneos, a no ser en casos excepcionales.
Como el de usted no es de éstos, mande lo
que guste y en esta misma sección se le dará
a conocer la respuesta.

M. A. L. y J. F. Hinojosa del Duque.—¿Conque
son ustedes «dos en compañía» para enviar-
nos chistes graciosos (*por si se los armiti-
mos*)? Bien, pollos; pues manden lo que
gusten.

J. G. N. Madrid.—Para tratar del asunto que
inicia en su carta precisa se pase por esta su
casa, de seis a ocho de la noche.

V. A. Chinchón.—Con ese género que usted
cultiva no llegará ni a impresionar a los bom-
beros, amigo.

Z. Z. Madrid.—Puede usted ir a cantar sus
estrofas a la Cibeles, ya que nosotros no he-
mos podido entender ni H.

M. Z. Madrid. No podemos complacerle, ya que
nuestra publicación rechaza todo que se re-
lacione con lo dramático-romántico; escriba-
nos algo estilo Pérez Zúñiga y se le com-
placera.

A los colaboradores espontáneos

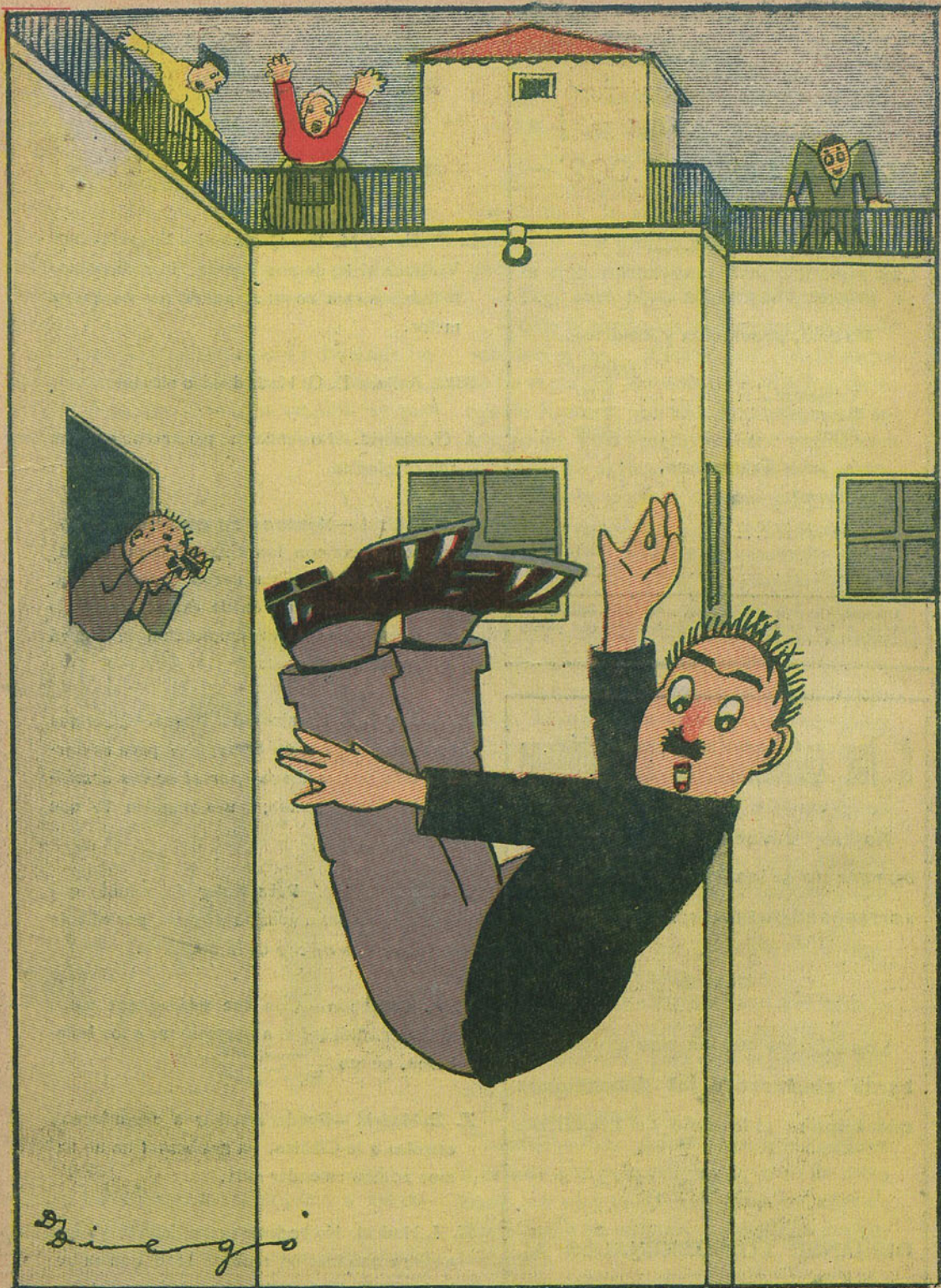
No se devuelven los originales
aunque no se inserten, ni se mantiene
correspondencia acerca de ellos.



Los dibujos que se nos envíen de-
berán ajustarse a las dimensiones
que impone el tamaño de LA RISA.



DIRÍJANSE LOS ORIGINALES AL
APARTADO 7.002



REFLEXIONES DE UN SUICIDA

—¡Arrea! Se me ha olvidado firmar la carta al juez. ¿Sabrán que soy yo el que me suicido?